

sublime de la independencia de la patria! ¡Sombras augustas de Hidalgo y de Morelos! ¡Generacion homérica á quien fue concedido cerrar para siempre las puertas de un pasado de oprobio y encaminarnos hácia las doradas regiones de la libertad! ¿No será su existencia mas que una poética mentira? Sus hechos, sus grandes proezas ¿no serán creaciones nacidas del mundo risueño de la fábula? La historia de su vida, cuadro imperecedero donde resplandece el númen al lado de la sencillez, y la modestia asociada á los milagros del valor, ¿no será por ventura una piadosa leyenda ideada por nuestros mayores para inclinarnos á la virtud?

Tal es la duda que autoriza el triste espectáculo de la mengua y degradacion de las generaciones posteriores. ¿Dónde están esos hombres cuyo corazon, templado en la fragua del patriotismo, dictaba acciones inmortales? A los gigantes ha sucedido una descendencia bastarda, indigna ya hasta de conservar el sagrado depósito de las glorias de sus padres!

¡Hijos de los insurgentes, alzaos! ¡No mas molicie, no mas desórdenes, no mas fango! Jóvenes sois y no os sientan los afeminados vicios de las sociedades decrepitas. Desechad los harapos de vuestras añejas rencillas; limpiaos la frente del polvo de las mezquinas ambiciones. Mirad! . . . el oriente ha oscurecido cubierto de tempestades! El nublado se presenta amenazante para invadir vuestro cielo azul! Quizá fulminará contra vuestras ciudades! Llegó la hora terrible para la patria; mas si obráis como vástagos de los independientes; si unís vuestros esfuerzos, no temáis, porque resistireis los rayos como el pórfido de las montañas; la union os dará la omnipotencia! Mas si permanecéis embriagados con la fiebre de las discordias; si no deponéis el trage muelle de la orgía para revestiros de fortaleza; si no dejáis la existencia del reptil para emprender el vuelo del águila, símbolo de vuestro espíritu primitivo, temed! El coloso que asoma por las regiones donde el sol nace, tomará en su mano de hierro vuestro sér político, y deshaciéndole como un juguete inútil, le arrojara al abismo!

III.

ZANCOPINCA.

Mas ¿á dónde nos conduce el poderoso torrente de las ideas?

De los recuerdos hemos pasado al campo oscuro de los presentimientos. Esto es natural á la vista del oriente que se nos presenta como una amenaza. El peligro no impone tanto por sí mismo, cuanto por la conciencia de la falta de medios para conjurarle ó hacerle frente. He aquí por qué la actitud de Méjico ante los amagos de la guerra extranjera es una dolorosa expectativa, es el ansia que acongoja, la mirada fija en el punto del horizonte de donde se espera la honra ó la infamia, la vida ó la muerte. ¿Y es posible dormir en la indiferencia?

De ningun modo. Pero mientras Dios resuelve el gran problema que se nos ofrece á la vista, mientras despeja la tremenda incógnita que habrá de fijar para siempre nuestro destino, no nos abandonemos á la inaccion. Los hombres que empuñan el timon de la nave del Estado piensen en los medios mas eficaces de salvar el honor nacional, y nosotros volvamos á nuestra historia.

No nos despedamos de Atzacapotzalco sin visitar los dos objetos notables que ilustran sus afueras: Zancopinca y los Ahuehuetes.

Si de la calle que se estiende á espaldas del convento se camina durante un cuarto de hora hácia el oriente, se llega á un sitio ameno donde yacen las ruinas de un acueducto al lado de una alberca de agua dulce y potable. Todas las apariencias inducen á creer que el acueducto sirvió para surtir á Tlatelolco, hoy barrio y en otro tiempo ciudad anexa á Tenochtitlan.

En la alberca, como en un palacio cristalino, habita la Malintzin: la Malintzin, la ninfa de Anáhuac, náyade aquí, neri-da allá, que aparece á la mitad del dia en una de las albercas de Chapultepec, y que se ve personificada en una montaña que se asienta á pocas leguas de Puebla, y tiene su nombre.

Pero si su aparicion en Chapultepec no acarrea ningun resultado funesto, no sucede otro tanto en Zaucopinca, donde el

desdichado que llega á ver á la ninfa queda al punto herido de amores, y avasallado por sus hechizos tiene que seguirla á su líquida morada, de la cual jamás vuelve á salir sino muerto.

Dotada de una hermosura divina, no es extraño que ejerza tan mágica influencia; pero tiene además otra arma poderosa, y es una voz de sirena. ¡Oh, cuán arriesgado es pasear por los sitios vecinos á la alberca muy de mañana, ó durante las primeras horas de la noche! El sol acaba de ponerse: el perfil de la cima de los montes se dibuja en una cortina de ópalo; hácia el meridiano se ven agrupadas algunas nubes de color de perla, y por el oriente asoma ya la noche cubierta de un velo melancólico, como una vírgen que separada eternamente del objeto de su cariño, le sigue sin poder alcanzarle.

Estos son los momentos en que se deja oír el canto suavísimo de la bella habitadora de Zancopinca. Sus melodías nacen de una region misteriosa, y se propagan por la llanura como los acentos de una antigua pasión sin consuelo, acentos tristes y sentidos como el dolor; puros, etéreos, inefables como la inocencia sin ventura, como los trinos que suspira de noche un ave en el corazón de las selvas.

Quien ha comenzado á deleitarse en este canto, si aun no quiere desaparecer de entre los vivos, huya lo mas pronto que sea dable. De lo contrario, habrá de apoderarse de sus miembros una dulce languidez y cediendo á un imán irresistible se verá conducido sin saber cómo ni por quién, hasta precipitarse en la alberca.

El anciano indio de Atzcapotzalco de quien aprendereis esta conseja, os dirá tambien muy al oído y con la mayor formalidad, que el tesoro de Quauhtemotzin yace sin menoscabo alguno en las profundidades de Zancopinca.

 IV.

LOS AHUEHUETES.

Emprendiendo el paseo por el rumbo opuesto, esto es, por el occidente, se entra, pasada la plaza, en una calle un sí es no es tortuosa y limitada de uno y otro lado por hileras de arbustos.

A su extremo se alza un objeto en que desde luego se pára la atención, y de donde no se apartan fácilmente las miradas, una vez descubierto.—Es un árbol: no, son varios; es un grupo sombrío de vegetales gigantescos!

Tales son los ahuehuetes.

Señoreando la llanura en magestuoso aislamiento, aparecen desde lejos como un solo individuo, como el magnífico coloso de su misma especie que forma el orgullo de Atlixco.

Cuanto mas avanzais, adquiere su figura mayores dimensiones: ensánchase la calle, y en medio de una placeta, en parte alfombrada de césped, arraiga el corpulento grupo compuesto de unos cinco árboles, cuyas ramas, eternamente vestidas de follaje, se entrelazan, estrechan y adunan como si fueran los brazos de algunos seres amigos que se prestan recíproco auxilio.

Contemplais unos instantes aquella copa sombría, imponente, y pasando por entre los robustos troncos, os hallais con admiración bajo una cúpula de verdura.

Descansad sobre el asiento natural que os brinda la cepa de uno de los ahuehuetes, y contemplemos á todo nuestro sabor esta maravilla del reino vegetal.

Si habeis emprendido la visita en un día de primavera ó de verano, gozareis aun mas que en otra estación, á causa de la muchedumbre prodigiosa de pajarillos que frecuentan las ramas saltando de una en otra, persiguiéndose y cantando de amor, de ternura, de alegría y felicidad. Todos sus trinos, todos sus gorgeos, todas sus modulaciones, combinándose entre sí al acaso y sin arte, forman un conjunto inesplicable en la lengua del hombre, una consonancia, una armonía inimitable en el idioma de los sonidos. El alma se extasía al escuchar ese concierto halagüeño en que bebe la calma y el contento consigo misma; y nunca como entonces está en mejor disposición de comprender el sentimiento que dictó á Luis de Leon estos versos:

“Despiértente las aves
Con su cantar sabroso no aprendido;
No los cuidados graves
De que es siempre seguido
El que al ageno arbitrio está atenido.”

En una palabra, aquella reunión de voces tiernas, infantiles, juguetonas y placenteras, parece una conversación sostenida de los árboles con el cielo.

Pero si los visitais en invierno, otra será la impresion que han de producir en vuestro ánimo. Subsiste el mismo lujo de follaje, pues que el ahuehuete pertenece á esa generosa especie de árboles que no sueltan las antiguas hojas sino cuando ya se engalanaron con otras nuevas, pero los huéspedes risueños que antes los alegraban, los seres verdaderamente libres que no siembran ni siegan para alimentarse, y que no reconocen mas ley que la voluntad del cielo, ya no habitan entre el ramaje que está solo y triste como un palacio deshabitado. La brisa helada del norte, el aliento del invierno, atravesando suavemente por entre las sutiles hojas, ocupa el lugar de las aves de primavera, y conmueve las ramas con voluptuoso vaiven, produciendo un rumor desigual, vago, como un suspiro exhalado del seno de los árboles.

Esta música apacible, armonía delicada, quejosa, amante, divina, descende á vuestra alma como un rocío perfumado, como la memoria del primer amor, como la poesía de los antiguos tiempos. Abismada la mente en el océano de la historia, recuerda y medita: ¿de cuántos acontecimientos no habrán sido testigos estos árboles! ¿Los primeros señores de Atzacapotzalco vinieron tal vez á solazarse bajo su copa, y les confiaron sus proyectos de ambicion y sus ensueños de amor y de gloria!

Quizá mientras saboreais estas ideas, acierta á pasar no lejos de vuestro asiento algun pastor que conduce lentamente su rebaño á pacer el rastrojo en los vecinos campos. Ya teneis un compañero. Es un jóven tímido, pero vos le alentais dirigiéndole la palabra:

—Amigo! ¿me dirás quién plantó estos árboles?

—Ah, señor! ¿quién sabe!

—¿Pero cuántos años tendrán poco mas ó menos?

—Ya son muy viejos: desde que mi señor padre era como yo, los ahuehuetes ya estaban así de grandes y copados; solo que. . . los señores mas viejos de mi pueblo dicen que estaban encantados.

—¿Cómo así! ¿Díme, cómo es eso!

—Aquí cerca había un venero de agua dulce. Y la agua nacia, pero se quedaba represa junto á las raíces de los ahuehuetes. Y ninguno queria venir á beberla aunque tuviera mucha sed. Y se sentia mucha sed pasando por aquí; pero ¡pobre del que bebia la agua, porque ya no se volvía á saber de él. Y

cuando algun caminante se atrasaba y no lo volvian á ver sus compañeros, luego decian: ¡este bebió del agua de los ahuehuetes! Y esto era por que estaban encantados.

—¿Y desde cuándo ya no lo están? ¿Cómo desapareció el manantial?

—Yo se lo diré á su merced, señor amo. Un dia salió de la iglesia grande una procesion y se fue viniendo para acá; traian á la Virgen en unas andas con muchas flores. Y todos decian: ¿á dónde irá esa procesion? Y los padres del convento (porque entonces dicen que habia muchos padres) venian cantando por el camino. Y luego que llegaron al venero pusieron á la Virgen en un altar con sus velas, y un padre empezó á predicar. Y dijo que aquí estaba el enemigo malo; pero que echando tierra sobre el agua se iria. Y todos se pusieron á echar tierra y piedras sobre el agua hasta que quedó el suelo como ahora está.

—¿Y se acabó el encanto?

—Sí, señor amo. Y luego hicieron una capilla de tablas debajo de los árboles con su altar para la virgen. Y desde entonces los ahuehuetes quedaron desencantados para siempre.

—Pero ¿cuánto tiempo duró esa capilla?

—¿Quién sabe! Dicen que se cayó de puro vieja. Y entonces se llevaron la Virgen á la iglesia. Pero si su merced pone el oido contra la tierra, todavía oirá el ruido del agua que pasa debajo.

Tal es la antigualla con que os divertirá el pastor.

En seguida, paseando la mirada en torno, observareis con agrado una vasta llanura sembrada por todas partes de primores: ora es una hacienda que blanquea medio velada por los sauces, ora un campo de trigo ó cebada, donde juega la luz como en un tapiz de terciopelo, ora en fin, un barrio aislado con su capilla que sobresale de entre las cabañas como un ánsar en medio de sus polluelos.

Atzacapotzalco y el convento llamarán tambien vuestra atencion en medio de una tierra favorecida por tantas bellezas naturales. . . ¿Qué trasformacion! Atzacapotzalco es ahora el convento; el convento que se desmorona bajo la planta de los siglos! ¿Y esto es todo lo que queda de la monarquía tecpaneca y de los reyes antiguos que impusieron su cetro de hierro á los pueblos del valle! ¿Será que en ese lugar se alzó erguido el al-

cázar del tirano que tuvo usurpados los dominios de Netzahualcóyotl? El David americano hubo de apurar hasta las heces el cáliz de amargura. Errante por los montes; perseguido en todas partes por los satélites del régulo ambicioso; armado de su escelsa filosofía y dotado de un alma tierna y generosa, supo ser grande en la desgracia, mas que grande, sublime. Dióle el cielo una voz divina y en dulcísimos cantos inmortalizó sus pesares: por esto su memoria ha cruzado el nebuloso desierto del olvido, y se nos presenta radiante y llena de armonía, mientras el nombre de sus contrarios asoma apenas entre el polvo de las generaciones. En la tierra solo al númen corresponde la inmortalidad.

Pero quizá el lector se cansa ya de pasear por los alrededores de Méjico con tan triste compañía, y justo es volver á la ciudad donde nos esperan otros monasterios mas interesantes por sí mismos, ya se atiende á su belleza material, ó ya á las memorias imperecederas que atesoran.

PORTACÆLI.

I.

LA IGLESIA.

DON Tadeo Ortiz, en su obra titulada *Méjico considerado como nacion independiente y libre*, publicada en 1832, hablando de la plazuela del Volador manifiesta el deseo de que, desembarazada de la reunion de inmundicias y figones que á la sazón la desfiguraban ahuyentando la concurrencia, se convirtiera en un paseo nocturno, que por su escelente posicion ofreciese atractivo á la gente, proporcionando variedad. "Un portal de gusto al rededor (añade), dedicado á las librerías y á las tiendas de los objetos de nobles artes, líneas de naranjos, una hermosa fuente y cinco pedestales de marmol, adornados con las estátuas de nuestros grandes hombres y sabios compatriotas, Sigüenza, Alzate, Clavijero, Velazquez é Inés de la Cruz, le darian el nombre de plaza de los Grandes Hombres; y un nuevo y digno teatro entre el callejon de Tabaqueros y el colegio de Porta-Coeli, convertiria este sitio en uno de los mas frecuentados y deliciosos."

Conviene saber que á la fecha en que escribia Ortiz, aun no se edificaba en la ciudad el gran teatro nacional que actualmente es una de sus glorias.